

En memoria del periodista José Carrasco Tapia a 39 años de su cruel asesinato

“Qué diría hoy *Pepe* Carrasco si supiera que una calle tendría su nombre”

Por María Olivia Mönckeberg Pardo



Con ocasión de la ceremonia del Premio “Libertad de Expresión José Carrasco Tapia” que, por segundo año consecutivo entregó la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, María Olivia Mönckeberg recordó al periodista, dirigente del Colegio de Periodistas, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario y editor de la revista *Análisis*, en cuyo honor se nombró este premio. Mönckeberg, profesora titular de la Universidad de Chile, Premio Nacional de Periodismo (2009) y autora de una prolífica obra de investigación periodística, era subdirectora de la revista cuando agentes de la Central Nacional de Informaciones (CNI) secuestraron y asesinaron a balazos a Carrasco Tapia en 1986. Este texto es una versión editada del testimonio de María Olivia Mönckeberg en la apertura de la ceremonia de premiación el día 12 de agosto de 2025.

Cuando Alejandra Carmona López, quien coordinó la organización de esta ceremonia, me planteó dar este testimonio, me sentí algo complicada. Incluso, le dije, puede haber gente que conoció más a *Pepe Carrasco* desde sus tiempos universitarios, desde sus años de militancia en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) o en la propia revista *Análisis*. Pero Alejandra insistió: “Tú eras la subdirectora de *Análisis* cuando ocurrió el asesinato y eras dirigente del Colegio de Periodistas”.

Sí, era la subdirectora de la revista aquella madrugada del 8 de septiembre de 1986. Y sí, conocí a *Pepe*. Todo lo que se puede conocer a una persona, a un periodista, a un compañero de trabajo, en los pocos años que transcurrieron entre los primeros meses de 1984, cuando él volvió a Chile de su exilio en México, y septiembre de 1986, cuando recibió los catorce balazos que terminaron con su vida.

El mismo día que mataron a *Pepe*, mataron a otros tres opositores. Eran esos intensos años de protestas, que se habían iniciado en mayo de 1983, y también años de fuerte represión contra quienes luchábamos por la democracia, por la justicia y, algo fundamental para nosotros, por la libertad de expresión.

“Sin libertad de expresión no hay democracia” era nuestro grito en esos tiempos, en que marchábamos por las calles desafiando la fuerza militar y policial. Tengo que confesarles que en esta semana he vuelto en muchas ocasiones con la memoria y la imaginación a esos duros años, cuando sobrevivíamos entre los estados de sitio, las clausuras de los medios de comunicación y las amenazas. Entre nuestros intentos por contar lo que ocurría y por traspasar la censura y los temores, tratábamos de mantener el ánimo en alto en las circunstancias difíciles, que, a ratos, parecían insoportables.

José Carrasco Tapia fue de esas personas que, junto a su espíritu inquisitivo de periodista experimentado, era de los que ayudaban a levantar la mirada y hasta a provocar alguna sonrisa —o una risa— aún en los momentos más difíciles. De esas personas que, junto a su vocación de periodista y a su oficio de reportero y buen relator de los hechos, mantenía su actividad política. Y creía en las organizaciones sociales.

Fue así como, poco después de volver a vivir a Santiago tras su exilio, se entusiasmó con ser dirigente del Colegio de Periodistas y, junto con incorporarse a la redacción de la revista *Análisis*, en la que pasó a ser parte fundamental de nuestro equipo como editor internacional, fue consejero metropolitano del Colegio de Periodistas. A muy poco andar, ese Consejo lo designó delegado del Metropolitano al Consejo Nacional. Esa fue, para mí, una oportunidad para conocerlo más de cerca en esa otra dimensión.

En mi caso, había sido elegida consejera nacional en la directiva encabezada por Ignacio González Camus y en la que participaban, también, Guillermo Torres Gaona y Jorge Andrés Richards. Todos éramos opositores a la dictadura; todos, militantes de diferentes partidos en esos años en que era muy frecuente que los periodistas estuviéramos también en esas filas. Algunos éramos demócratas cristianos, otros comunistas, socialistas... y *Pepe*, del MIR, dirigente del MIR, y pertenecía a la comisión política de su partido.

Desde el Colegio, como ocurría también entre los estudiantes que se empezaban a organizar en sus federaciones; en otros colegios profesionales, como el de los médicos, los arquitectos, los ingenieros, los psicólogos, y entre los dirigentes sindicales y movimientos como Mujeres por la Vida, planteábamos la necesidad de la movilización social unitaria y pacífica. Así, en 1985 nació la Asamblea de la Civilidad que, en buena medida, reunía todo eso. *Pepe Carrasco* era entusiasta impulsor de esas iniciativas.

Pepe creía en la necesidad de generar y desplegar un movimiento unitario que lograra terminar con la dictadura. Muchas veces en la revista o en nuestras idas y venidas a las reuniones del Colegio conversábamos sobre esto. Y nos inquietábamos, por ejemplo, frente a los obstáculos que veíamos en el mundo político.

Por lo que pude alcanzar a percibir en él, *Pepe* era una persona que sabía escuchar y discutir —si era necesario— con argumentos y con un agudo sentido para captar los problemas que se presentaban en el camino.

A la vez, era un periodista que creía en la importancia de su profesión, la que nunca abandonó, salvo en esos obligados años en que permaneció encarcelado y sufrió torturas y maltratos. Cuando intento recordar, puedo decir que mi memoria no registra alguna ocasión en que *Pepe* se hubiera quejado por los difíciles años de encierro y exilio que tuvo que afrontar. Nunca lo vi asumirse como víctima.

Siempre percibí en él al hombre valiente, dispuesto a encarar los desafíos que se le iban presentando. Y con ese especial sentido del humor ayudaba, también, a encarar los obstáculos que se nos presentaban a los demás. Muchas veces, su sentido del humor y su ironía nos hacían más vivible la impaciencia que provocaba la falta de resultados de algunos de nuestros esfuerzos.

Esos más de dos años que alcanzó a vivir en Chile después que la dictadura lo autorizó a regresar en 1984 fueron tiempos en que los crímenes y los estados de sitio eran características siniestras de nuestro panorama. 1985 se había inaugurado con el triple asesinato de los tres profesionales comunistas, José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino. Y por esos mismos días, sobrevino el doble crimen de los hermanos Vergara Toledo, jóvenes militantes del MIR, en Villa Francia.

Y, luego, el Estado de Sitio. El más extenso de todos, con sus consiguientes atropellos a los derechos fundamentales y las clausuras de las revistas opositoras, entre las que se contaba *Análisis*. Eso volvió a ocurrir al año siguiente.

Voy a citar ahora a Fernando Paulsen quien era, en ese tiempo, el jefe de informaciones de *Análisis*. Reconocido periodista, escribió, unos años después¹, un artículo en el que recordaba una “ronda de visitas” que tuvimos que hacer a los tribunales, en aquel año 1986: casi treinta personas, entre directivos de la revista *Análisis*, colaboradores y articulistas que, por una razón u otra, fuimos citados por el juez. Estábamos todos acusados de algo.

Después de haber ido a declarar, cuenta Fernando que salió por la puerta del Palacio de los Tribunales que da a calle Bandera. “Levanté uno de los folletos

que se habían tirado hacía escasos minutos. Tenía la foto de Pepe Carrasco y la palabra ‘traidor’, y una X sobre su rostro. El documento estaba muy burdamente confeccionado. Los panfletos intentaban pasar por una amenaza del propio MIR contra uno de sus más conocidos militantes”, continuaba Fernando. “La idea era que quienes no estaban con la tesis del enfrentamiento armado sobraban o eran traidores. Y a *Pepe* se le acusaba de esto último”.

Como escribió Fernando Paulsen en esa crónica, cuando llegó a la revista le contó a Juan Pablo Cárdenas lo que había visto. Juan Pablo era el director de la revista. Había estado preso y había sido liberado unas pocas semanas antes. Y, en aquella oportunidad, nos contó que a él también lo habían llamado por teléfono para contar que se habían encontrado panfletos similares alrededor del Campus Oriente de la Universidad Católica, en el límite entre las comunas de Providencia y Ñuñoa, en Santiago.

Alcanzamos a incluir una breve nota, en un recuadro, en el número 155 de la revista *Análisis* de agosto de 1986. Bajo el título, “José Carrasco, amenazas de muerte contra periodistas de *Análisis*”, el artículo da cuenta de la seguidilla de panfletos que habían lanzado². La nota resume una declaración del Consejo Metropolitano del Colegio de Periodistas. También se lee que el Consejo Nacional haría todos los esfuerzos para denunciar y esclarecer esos hechos. Y, luego, agrega que el Secretariado del MIR declaró que, naturalmente, no tenían nada que ver con tales amenazas. Sin embargo, menciona algo que resultó ser bastante significativo: afirma que el objetivo de estos panfletos sería “asesinar a dirigentes opositores para después hacerlos aparecer como luchas internas entre los sectores democráticos”.

Frente a esos hechos, nos juntamos, Fernando, Juan Pablo Cárdenas y yo, con Pepe para analizar la situación y convencerlo de que se fuera a pasar un tiempo a Buenos Aires. Allí residían dos colegas y amigas suyas que también eran del MIR, Gladys Díaz y María Eugenia Camus. Él se fue a Argentina y, pese a que le insistimos que dejara pasar un tiempo antes de volver, la salud de Silvia Vera, su esposa, lo hizo regresar el 5 de septiembre. Dos días después, el domingo 7, habíamos quedado de juntarnos en mi casa. En

ese tiempo yo vivía en Vitacura y era habitual que nos reuniéramos para hablar de la revista y de la vida.

Llegaron a mi casa Fernando y Juan Pablo. Invitamos también a *Pepe*, pero él no fue, porque Silvia continuaba con dolores de espalda, así que optó por quedarse con ella y los tres niños en el departamento de la calle Santa Filomena, en el barrio Bellavista donde vivían.

Esa tarde estábamos en plena conversación en mi casa cuando apareció mi hija Magdalena Browne. Ella tenía unos 14 años. Intentó interrumpirnos.

-¡Mamá, hubo un atentado contra Pinochet!

En un comienzo, no la *pescamos* y seguimos conversando. Ella, alzó la voz, y volvió a decir, ahora, casi con un grito:

- ¡Mamá, trataron de matar a Pinochet!

Nos llamamos.

-¿Y dónde lo viste?

-En la televisión- respondió Magdalena.

Fuimos a mi dormitorio, donde estaba el televisor, y nos encontramos con una cadena nacional. Hablaba el ministro Secretario General de Gobierno de entonces, Francisco Javier Cuadra, quien daba cuenta del atentado ocurrido contra el general en el Cajón del Maipo, en la zona cordillerana de la capital.

Pinochet había resultado ileso, informaron. Lo mismo que un nieto que lo acompañaba. Sin embargo, habían muerto cinco integrantes de la escolta del dictador.

Quienes habían perpetrado el atentado, lograron escapar. A los pocos minutos, mientras seguíamos escuchando la televisión nacional intervenida, Juan Pablo se paró a hablar por teléfono. Era *Pepe*, nos llegó contando.

Pepe le ofreció ir a la imprenta a cambiar el titular de portada y hacer alguna crónica con la nueva in-

formación para el número de *Análisis* que debía salir el martes siguiente, el 9 de septiembre. El espíritu de periodista de José Carrasco Tapia estaba ahí presente. Como antes lo estuvo en su trayectoria en la revista *Gol y Gol*, en la radio Minería, en *Punto Final*, en el Canal 9 de la Universidad de Chile o en las revistas y diarios en los que colaboró mientras vivió en el exilio. O, junto a nosotros, cuando intentábamos hacer que la revista que era quincenal pasara a una periodicidad semanal, en medio de todas esas clausuras. En ese momento se manifestó, una vez más, el espíritu periodístico de *Pepe* cuando trató de cambiar la portada y reemplazar un texto. Pero esa portada y ese número nunca existieron. Durante esa misma tarde, el régimen impuso un nuevo Estado de Sitio, otra orden de clausura a las revistas y ese hecho estremecedor de un piquete de agentes de la Central Nacional de Informaciones (CNI) irrumpió en el departamento de *Pepe* en la calle Santa Filomena. "¡Soy periodista!". Quizá fue lo último que alcanzó a gritar antes que lo secuestraran, contaron sus hijos posteriormente.

Pero ser periodista no fue suficiente para evitar que se lo llevaran. Quizá, por lo mismo, por ser periodista, le dispararon 14 balazos esa madrugada del lunes 8 de septiembre, antes de dejar su cuerpo sin vida en el murallón del cementerio Parque del Recuerdo. Quizá era, también, un amedrentamiento hacia todos nosotros.

Y esa vez, quizás, ni su sentido periodístico ni el nuestro, ayudaron a librarlo del final. Ese día también fueron asesinados Felipe Rivera Gajardo, electricista y militante del Partido Comunista, Gastón Vidaurrázaga Manríquez, profesor y miembro del MIR, y Abraham Muskabit Eidelstein, publicista y militante también del Partido Comunista. Era la represalia por el atentado contra el dictador en el Cajón del Maipo. La venganza y la advertencia.

El Estado de Sitio duró cuatro meses, hasta enero de 1987, cuando recién se nos autorizó a publicar de nuevo la revista, junto a otras publicaciones, y volver a los kioscos. En ese intertanto, se gestó una iniciativa muy interesante: el libro *Asesinato de un periodista*, de María José Luque y Patricia Collyer, dos periodistas de la revista en ese momento.

Realmente fue muy impresionante cómo lograron reportear, investigar e indagar, con posterioridad al secuestro y asesinato de *Pepe*. Con todo lo que había caído sobre nosotros en ese momento, María José y Patricia lograron sacar ese libro. Lo publicó la editorial Emisión, que era de la revista *Análisis*. Años después, en 2008 en un esfuerzo conjunto del entonces Instituto de la Comunicación e Imagen³ y ediciones Radio Universidad de Chile, reeditamos el libro. Nosotros, los que seguíamos en *Análisis*, también escribimos en enero de 1987, contando un poco lo que había ocurrido. Y seguimos adelante, tratando de ir asumiendo lo que había pasado.

Hoy, casi cuarenta años después, podemos encontrar dos pequeñas calles que llevan el nombre de *Pepe*: “Periodista José Carrasco”, me lo hacía ver el otro día una nieta que me comentaba “qué bonito que le pusieron *Periodista José Carrasco a esa calle*”. Es una callecita que está al comenzar la Avenida Vicuña Mackenna, donde estuvo también el cuartel de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y que, años después, pasó a ser la casa de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la FECH⁴. Y también la Municipalidad de Huechuraba bautizó así la caletera que está entre El Salto y Recoleta, donde fue dejado su cuerpo acribillado junto a la muralla del Parque del Recuerdo.

No he podido dejar de imaginarme qué broma, qué *talla*, habría echado *Pepe Carrasco* si alguien le hu-

biera dicho que iba a dar nombre a un par de calles. O que, pocos días después de su asesinato, se levantó una animita en el lugar donde lo encontraron. Tampoco he dejado de imaginarme cómo sería el *Pepe Carrasco* de hoy, qué nos diría, cómo miraría lo que ocurre en el mundo y lo que sucede en Chile. Qué nos diría ante el desaliento que, a ratos, produce ver que, después de todo lo que nos jugamos para recuperar la democracia, estamos donde estamos.

En fin, sería para otra oportunidad, para otra conversación.

Notas

1. “El Pepe que conocí”, en Los Casos de la Vicaría, CIP, Centro de Investigación y Publicaciones y Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales. Disponible en <https://casosvicaria.udp.cl/el-pepe-que-conoci/>
2. Disponible en el sitio Memoria Chilena, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) en <https://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0030696.pdf>.
3. Facultad de Comunicación e Imagen desde 2022. Hasta 2003, además, en esas dependencias funcionó la sede de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Ese año, se trasladó a un nuevo edificio en el campus Juan Gómez Millas de la universidad.

María Olivia Mönckeberg Pardo

Profesora Titular de la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Periodismo 2009. Autora de los libros *En el nombre de Cristo, el poder evangélico en Chile* (2025), *Karadima, el señor de los infiernos* (2011) y *El negocio de las universidades en Chile* (2007), entre otros.